

LAS BROMAS DE LAS MUJERES.



RELACION JOCOSA Y VERÍDICA

de los tragi-cómicos azares que ocasionan en sus casas las mujeres amigas de bromas y jolgorios, sin atender al corto jornal que ganan sus pobres maridos

PRIMERA PARTE.

Hoy pretende mi rudeza á mi auditorio explicar lo que hacen las mujeres cuando salen á comprar. Hablaré de las casadas, las de corto zagalejo, con la mantilla caída y de mediano gracejo. Estas salen á las ocho á la plazuela á comprar, llevan la cesta en el brazo, y á otras suelen encontrar. Aun cuando no se conozcan se saludan cortésmente,

y dicen: vamos, vecinas, á beber el aguardiente.
Dice la más descocada:
—Eche usted unas copitas, porque estoy más asustada que las ánimas benditas.
—¿Qué tienes, dice la otra, que estás tan acongojada?
—Te lo diré si me escuchas, palabra sobre palabra.
—Sí, mujer, dí cuanto quieras, que yo me alegraré mucho; de saber cuanto te pasa es todo mi mayor gusto.

—Pues ya que me das licencia,
has de saber, Marianita,
que el bribon de mi marido
me tiene la sangre frita.
Con la mujer del cabrero
gasta todo su jornal,
y como es corto, no podemos
satisfacernos de pan.
Si no fuera por mis mañas,
que le sé coger las vueltas
para hablar con mi querido,
ya estaria de hambre muerta.
Este es un gallardo mozo;
pero aunque no tiene oficio,
solamente su presencia
tiene mi afecto propicio.
El me trae de la casa
de sus padres cuanto puede,
y regala á mi vecina
porque avise cuando viene.
Yo no sé por qué persona
mi marido lo ha sabido,
que lo mismo que un demonio
de continuo está conmigo.
Diariamente una peseta
me da para comprar,
y esta quiere que alcance
para comer y cenar.
Para almorzar ¿sabes qué hago?
si no viene mi querido,
unas sopas y un torrezno
y medio chico de vino.
—Pero mujer, ¿no bebemos?
vaya otra ronda, Juliana.
Esta dice: eche usted copas
y dos bizcochos por barba.
Responde la Micaela:
—Si no lo tomas á enojo
no dejaré de decirte
que lloras con solo un ojo.

Tu marido no es tan malo,
pues tanto te maravillas:
no hay dia que el mio á m
no me sobe las costillas
Si el mio á mí me entregara
una diaria peseta,
no me habia de ganar
ninguna á estar petrimetra.
—Yo no soy tan desgraciada.
replicó la Micaela
tengo buen palmo de cara
y no falta quien me quiera.
Y por último, señoras,
hasta ahora no hemos bebido;
échese por mí una ronda
y vengan todas conmigo.

Todas pagaron tres veces
antes de ir á comprar,
y dan palabra á Micaela
que la han de acompañar.
Salen todas en tropel,
en amor y compañía,
y en seguida se metieron
en una buñolería.
Dos libras mandan sacar
con palabras imprudentes,
que la fuerza del licor
ya las tenia dementes.
Comiéronlos sin saber
mirándose unas á otras,
y hablando casi en francés
dicen: ¿quién hará las compras?
Da el reló las diez y media
y se fueron á comprar,
y la que gastó los cuartos
se ha tenido que empeñar.

Dejemos en este estado
esta primera plana,
que en otra segunda parte
la daré finalizada.



SEGUNDA PARTE.

Dije en la primera parte
 cómo fueron á comprar
 cada cual por su camino
 con incomparable afán.
 Lo más caro y lo peor
 toman sin regatear,
 sin mirar que su marido
 gana muy poco jornal.
 Este sale al ser de día
 y dice: mira, mujer,
 por Dios, que á las doce en punto
 he de venir á comer.
 Viendo esta que son las once,
 por no tener desazon,
 corriendo enciende la lumbre
 echando doble carbon.
 Garbanzos, carne y tocino
 echa á un tiempo en el puchero,
 sin fregar por no acordarse
 si lo ha hecho primero.
 Tanta prisa le da al fuele,
 que se olvida de quitar
 la espuma que hace la carne,

porque la echó sin lavar.
 Pica al punto la verdura,
 dan las doce menos cuarto,
 y con un papel de estraza
 limpia cucharas y platos.
 Al fin ya viene el marido,
 y ella que le vé entrar,
 dice:—ahora llega la mia,
 y así le principia á hablar:
 —Malhaya sea el tendero,
 que me ha dado unos garbanzos
 lo más caros y más duros...
 no hay lumbre para ablandarlos
 Apenas tú te saliste,
 cuando los puse á cocer,
 y aunque quieras á su tienda
 otra vez no he de volver.
 De manera, hombre, que estoy
 enteramente abarrida,
 que no he podido hacer más
 que atender á la comida.

El marido le responde:
 —Has atendido muy bien,

¿no te dije que á las doce
habia de venir á comer?
Pon la mesa y vamos pronto,
que yo me voy á marchar,
y sin comer no me voy,
que tengo que trabajar.

—Deja, le echaré la especia
y unos granitos de sal,
mientras tanto en el plato
la sopa puedes cortar.
Ya remojaron la sopa
y han principiado á comer,
cuande notan de que el caldo
amarga como la hiel.

—Mujer de dos mil demonios,
¿dónde tienes el sentido?
¿te has empeñado en estar
en campal guerra conmigo?
Esto no es para cristianos,
al punto esas sopas quita,
y por que nadie las vea
échalas en la garita.

Los garbanzos en la olla
todos se habian pegado,
que la fuerza de la lumbré
los habia asocarrado.
Viendo esto el marido,
todo falto de paciencia,
olla, comida y cucharas
se lo tiró con viveza.
Y un hueso de la carne
como era de la cabeza
se le ha clavado en un ojo

cayendo al suelo traspuesta.
Maldiciendo su fortuna
se fué el pobre á trabajar,
y ella volviendo en su acuerdo
ha empezado á gritar:

—Favorecedme, vecinas,
que me mata mi marido;
llamen la justicia y esta
que lo ponga en un presidio.
Acude la vecindad,
y viéndola ensangrentada
la dicen:—¿por qué ha sido esto?
y ella responde:—por nada.
Llaman por fin al alcalde,
y con él al cirujano,
y atajándola la sangre
á su marido llamaron.
Este dando su descargo
en buena declaracion,
por curarla, al cirujano
tuvo que darle un doblon.
Al alcalde tres ducados,
al ministro una peseta,
y por último remate
se quedó la mujer tuerta.

Esto sucede á menudo,
nadie lo puede dudar
¿Qué haya hombres viendo esto
que se atreven á casar?
Ojo alerta, caballeros
tomar en esto dechado,
mientras suplica el perdon,
su autor, Pablo Cruzado.